

Prólogo

RAMÓN GARCÍA

A lo largo de los años noventa, la desintegración de Yugoslavia acaparó las pantallas de televisión, las páginas de los diarios, los debates en el espacio público. Acalladas las armas, tras los acuerdos de Dayton que instauraron un precario *statu quo*, se corrió el telón. El devenir independiente de los países que habían conformado la federación dejó de interesar a los medios. Sin embargo, la vida continuó: los países que habían luchado por su independencia se constituyeron en estados, se dotaron de constituciones, de instituciones. La violencia que marcó el final de Yugoslavia hace veinte años afloró en un clímax final: un general croata, Slobodan Praljak, se suicidó ingiriendo veneno tras escuchar la sentencia que le condenaba a terminar sus días en prisión, durante la última sesión del Tribunal de la Haya que juzgó los crímenes de guerra en Yugoslavia. Era como el último estor. Había terminado la guerra. Pero, ¿qué ocurrió después? Edo Popović proporciona en las páginas de esta novela una posible respuesta para conocer la Croacia que surgió del conflicto. Nacido en Bosnia en 1957, pero residente en Zagreb desde la infancia, se inscribe dentro del arco generacio-

nal para el que la que la guerra supuso una cesura vital. Tanto más cuanto que su fortuna literaria ya había comenzado a labrarse en lo que había sido la antigua Yugoslavia.

Con un primer libro de relatos (*Ponoćni Boogie*, «Boogie de medianoche») que socavaba el formalismo de la literatura oficial, Popović aportaba un ritmo que venía del oeste: en su prosa se hacían audibles las notas sincopadas y el aliento de un Tom Waits, las imágenes de un Wim Wenders. En Yugoslavia, que había sido un referente de los países no alineados, había espacio para esos ecos, y sus cuentos alcanzaron una cualidad mítica, de referencia generacional.

La cesura más fuerte llegó pocos años después: la guerra. La guerra impuso decisiones y cambios. Y porque la guerra es algo que hay que contar, la contó desde el frente, como reportero para diferentes medios. Sobrevivió, pero salió del conflicto sin certeza de tener continuidad como escritor. ¿Cómo escribir después de una guerra?

Sus dos primeras novelas, ya en una Croacia independiente, son una respuesta a esa pregunta, pero también, en el contexto de una Europa que se precia de décadas de paz, un ejemplo raro de literatura de posguerra, a comienzos del siglo XXI.

La bailarina del Bar Azul no habla directamente de la guerra, aunque sí esté presente en multitud de alusiones. Muestra la Croacia que emergió del conflicto. Con voz crítica que no esquivo la más

descarnada ironía, revela las deficiencias y carencias de las instituciones estatales, las disfunciones sociales. Es la voz madura de un autor al que le duele su país.

Edo Popović se suma con esta novela a un plantel de escritores croatas ya conocidos en España. En él figuran Slavenka Drakulic, que iluminó con sus ensayos de *Balkan Express* las horas más aciagas en los inicios del conflicto; Miljenko Jergovic, que llegaría inicialmente de la mano de la editorial Metáfora, como referente de las literaturas en esos países del este que entraban en un nuevo diapasón de su historia. Más tarde se editaría a Dubravka Ugrešić y a Ivica Djikic.

Dentro de los parámetros en los que se mueve Popović, quedarían aún por conocer las aportaciones de dos maestros de la narrativa croata, incluida la novela negra. Pavao Pavličić y Goran Tribuson son maestros del relato fantástico, de la literatura autobiográfica, y han escrito sendas sagas de relatos policíacos, protagonizadas en el caso de Pavličić por un periodista de crónica negra, Remetinac, y en el caso de Tribuson por el detective Nicola Banic.

Al contrario que Pavličić y Tribuson, las incursiones de Popović en la novela negra son escasas y atienden a la necesidad de dotarse de una herramienta crítica para contar la realidad de su país.

La temática de su obra es variada. Una grave enfermedad contraída en 2012 le llevó a descu-

brir las montañas del Velebit y los paseos por las montañas como una posible forma de terapia. De esa experiencia surge su *Manual para caminantes*, que tiene algo de un Walden moderno. Es muy hermoso su libro autobiográfico *Oči* («Ojos»). Ha continuado escribiendo acerbos e incisivos relatos, recopilados en un volumen titulado *Tatuajes* y ha alcanzado estatuto de clásica su novela *Zagreb, salida sur*, sobre la generación ya entrada en los cuarenta que ha vivido dos regímenes y dos países diferentes, sin abandonar la misma ciudad. Como autor es capaz de dominar múltiples voces y de capturar diferentes registros. Su fascinación por España queda reflejada en su relato de ciencia ficción *Lomljenje Vjetra* («Tiempo roto»), donde interviene Madrid (ciudad en la que trabajó como guía turístico) como escenario de una inquietante fábula distópica que se interroga sobre el sentido de las relaciones humanas en un futuro próximo. En la misma vena cabe considerar su novela *Mjesečev meridijan* («Meridiano lunar»), metáfora sobre la omnipresente presencia de la tecnología en nuestras vidas y sobre el modo en que la tecnología ha subvertido nuestras pautas de conducta, y el modo de relacionarnos con los demás y con nosotros mismos.

Por estas y otras razones era llegado el momento de abrir al lector español las puertas de un autor que desde una posición resguardada, al abrigo de las altas torres en el barrio obrero de Novi Zagreb,

del que es patriota irreductible, lejos de todo mandarínato, opuesto de hecho a la categoría de intelectual oficial, muestra su país con más elocuencia y originalidad que autores sí obstinados por ocupar esa posición. Si en el canon de la literatura croata descolla como maestro del relato breve, los lectores podrán apreciar ese talento en una obra que integra como en una muñeca rusa una suma de relatos, pero también la suma de una trilogía de novelas publicadas originalmente de manera independiente, y sin embargo trabadas en un conjunto único perfectamente coherente.